

El Muñeco

L yda y Sebah no dudaron. Ni un solo segundo se pararon a pensarlo, aunque tal vez debieron sentarse y hacerlo. Los consejos entre la niebla siempre son buenos consejos, pero si no escuchas, todo puede torcerse. Ambos viajaron lejos, a un lugar donde nadie podía ir. En lo alto del volcán, cerca de donde dormía Mëryl, el Gran Dragón Dorado, hallaron el lugar ideal para intentarlo.

Era una explanada en el interior del cráter, con la lava incandescente calentando desde abajo, iluminando en la noche cerrada. Sobre sus cabezas las altas murallas de la boca del volcán mostraban un cielo nocturno que no sería coronado por la luna nueva. Aquella noche ella no estaba para alentarles, o tal vez no había nacido en el cielo porque no quería mirar...

El crepitar de las burbujas incandescentes era el único sonido que se escuchaba, aunque el viento a menudo se colaba sobre sus cabezas para enturbiar su balada tétrica. Lyda estaba sentada sobre una roca caliente, negra como el cielo, y Sebah estaba frente a ella, incómodo sobre el suelo ardiente. Ella tomó el Lunariu y lo abrió por el final, buscando la última noche sin luna, esperando hallar la esperanza para aquel momento. Pero al dar con ella, no encontró su respuesta. Aquella noche, a diferencia de las demás, se mostraba ausente, como si no pudiera existir. El Lunariu no presentaba una luna para guiarla esa noche. Fue adelante y atrás, siguiendo la última fase lunar, ojeando desde su fase menguante hasta dar con la luna nueva anterior, y otra vez, marchando hacia atrás, a través de las fases crecientes, no encontró la anterior luna nueva. ¡En el Lunariu no aparecían las lunas nuevas! Como aquella noche, las demás lunas nuevas estaban ausentes, pero el resto de lunas iban danzando de fase en fase, completando ciclos y dando consejos o avisos.

Lyda se desconsoló toda, pero se instó a evitar la derrota. Regresó a aquella noche en el Lunariu. Y pasó cuantas páginas faltaban por terminar. Entonces llegó al final de las lunaciones, donde leyó un último mensaje bajo una sonrisa creciente: *Llorarán las generaciones aun por venir. Comienza la era de la Impotencia, que de inmediato abandonará la tierra que por fin pisa.*

Sus palabras sonaron solitarias, entre burbujas ardientes y la brisa lejana. Y Sebah la miró detenidamente, sin querer comprender. Entonces Lyda le dio la vuelta al gran libro, y trató de buscar sentido a las palabras del revés. Pasó los dedos muy suavemente sobre el antiquísimo lienzo, y las letras fueron girándose para cobrar significado. Ella sonrió y miró a Sebah, que asintió. Entonces, sin saber bien por qué, ni si sería bueno o malo, ni si lograría lo que pretendía, ni siquiera si quería lograrlo, leyó el mensaje encriptado.

- La luna ha girado impotente alrededor del mundo, mostrándose tal y como es, sincera ante su inevitable destino, desaparecer.- Su voz sonó tímida, como si su garganta se esforzase en emitir un sonido que no quería sonar.- Miles de miles de lunaciones han trazado un camino que ha llevado indudablemente hasta la voz que lee ahora las palabras que desatarán dolor y esperanza en este insólito y preciso instante. Ábrase la puerta del Mundo, y que su umbral sea atravesado por el alma errante que sólo ha existido hasta hoy en la pesadilla.- Lyda miró a Sebah un segundo, y regresó a las letras giradas del Lunariu.- Háganse realidad sus anhelos y caprichos, sea hoy el final de su camino. Que la luna le sonría impotente... Que llegue esta noche el Demonio Resentido, la Impotencia de Orfgod, antaño reprimida ante el deseo de hacer la oscuridad en la noche, de robar lo que nos pertenece a todos, de evitarnos el abrigo nocturno.- Lyda trató de reprimir un hipo, para no perder la fuerza del discurso, pero no lo consiguió.- Que el destino no corrompa lo que ya ha ocurrido... Seas llamado ahora al Mundo, Gingöen, Señor de la Impotencia, Príncipe de la Mentira, la Noche Cerrada y el Eterno Dominio de las Almas. Cruza el umbral que ahora queda abierto...- Lysa se interrumpió a sí misma al notar un cambio. Aquellas palabras habían provocado algo en el mundo, pero no supo el qué. Entonces no dijo nada más. Sus palabras quedaron en el silencio de las burbujas de lava, y miró a Sebah sin saber si continuar leyendo del revés aquel pesado libro. Frente a ella, el duende parecía quejarse. Tenía mala cara y las manos en su estómago cubierto de harapos, que una vez fueron blancos. Había pasado por tanto aquel duende de epoxy, su vida había sido realmente difícil con tamaña carga a sus hombros. Ser un duende invocador había sido duro. Recordó nacer entre raíces, y conocer la inmensidad de la superficie poco después. Aquella jaula fue su prisión durante tanto tiempo... Largos años pasó entre barrotes, hasta lograr escapar. Entonces encontró a Lyda, lo que le había llevado hasta aquel momento. Estaba tan nervioso, por fin iba a lograr su cometido, su papel en esta vida. Pero en lugar de sentirse pleno, sólo podía retorcerse. Al principio el pulso acelerado era por la importancia de la situación, pero aquel dolor de estómago era algo inesperado. Fue a quejarse, al ver que Lyda había callado, fue cuando se dio cuenta de que ya no podía hablar. Sintió su garganta volverse de trapo y su grito se ahogó en el silencio. Su pelo se convirtió en los hilos blancos de una barba postiza que ya no crecería más. Perdió sensibilidad en pies y manos, y el dolor fue creciendo. Lyda se incorporó hacia él, dejando el tremendo libro en el suelo, y lo acarició despacio.- ¿Qué te ocurre?- Aunque el duende ya no le contestó. Su rostro se torció en angustia, y su piel se fue transformando en un material duro y frágil. En sus ojos naranjas se dibujó el horror, al darse cuenta de que nada iba bien, y de que su vida terminaba en ruina. No habría después de él otro duende de

epoxi para continuar con su legado. Finalmente, Sebah se convirtió en un muñeco de trapo para siempre.

Fue entonces cuando Lyda se dio cuenta de que había fracasado.

El Muñeco
Lyda de Lis. Historia de una estatua de piedra
Memorias Olvidadas
Darka Treake
www.modt.net